

## Discurso y memoria, presentación del libro *Universos discursivos: la obra de Noé Jitrik*<sup>1</sup>

Raúl Quesada\*

En primer lugar quisiera agradecer la invitación a presentar este libro de Noé: de él porque es acerca de su obra y su persona, y para él porque todos los textos que lo conforman se hallan marcados por el afecto; de hecho Noé tiene tantos amigos que realmente no sé cómo se le fue a ocurrir —a él o a Graciana— que yo participara en esta presentación, aunque tal vez pueda pensar en una razón: en estos tiempos, en los que nos parece importante no perder la memoria, en los que no queremos enterrar (en un pasado sin palabras) cosas que bien podríamos considerar innombrables, en los que no queremos un pasado mudo, sino uno que nos hable y —en esa precisa medida— que nos forme y conforme; en este contexto de recuperación de los recuerdos y la memoria; en este contexto donde museo y memoria viva coinciden, tal vez podríamos pensar y recordar cómo algunos recuerdos tienen la capacidad de paliar un poco el dolor que causan otros, como esos remedios caseros que —con todo lo que tienen de afecto familiar y cariño maternal— aliviaban nuestras infantiles caídas. Los recuerdos dolorosos nos marcan y nos dejan cicatrices que recuerdan las heridas: no podemos borrarlas, pero puede quedarnos el olor de aquel ungüento que nos proporcionó cierto consuelo; por eso creo que Noé se acordó —ya aquí, nuevo y de nuevo, en su *pent house* de la calle Viamonte— de su modesta torre de Mixcoac, cómo —aunque lejos de su país— podía ir al mercado de ese barrio a buscar una carne, la cual si bien distaba mucho de la que aquí comía, podía ablandarla y condimentarla con la compañía de amigos que (como yo) teníamos la suerte de compartir su mesa. Creo que

<sup>1</sup> Autores varios, *Universos discursivos, la obra de Noé Jitrik*, Prólogo de Elvira Arnoux, edición de Roberto Ferro (Córdoba, Argentina: Alción Editora, 2003).

\* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

se acordó; y por eso estoy aquí, con el libro *Universos discursivos*, la obra de Noé Jitrik, el cual recoge parcialmente el cariñoso homenaje que le organizara un grupo de amigos con el apoyo de la Benemérita Universidad de Puebla, pero que —dada su extensión, e intención— no pudo ser incluido en su totalidad en este volumen.

A veces llegamos a un libro como llegamos a un país: de oídas, primero, y a un cuarto de hotel después; a veces ese cuarto de hotel nos resulta ajeno, carece de familiaridad, pero poco a poco, en la medida en la que vamos haciéndolo nuestro y él se va posesionando de nosotros —en la medida en que va convirtiéndose en nuestra casa provisoria, en parte de nuestro tránsito, donde nuestras cosas más cotidianas van adquiriendo un lugar y donde, finalmente, nos convertimos en una de esas cosas, un poco más móviles, un poco más inesperadas—, entonces, pienso, empezamos a discurrir desde ese pequeño universo. Así se producen verdaderos centros habitacionales donde se dan coincidencias y se generan conflictos vitales y discursivos: hay quienes viven entre Proust y Joyce, unas calles muy habitadas por profesores que se precian de conocer todos sus recovecos; otros están muy contentos en el barrio de los siglos de oro y de allí no creen que valga la pena salir, aunque algunos les mencionen la reciente avenida DeLillo o el callejón Carver.

Otros, de plano, se instalan en un salón de mapas y casi no salen a conocer las calles que se mojan con la lluvia y se deterioran con el tiempo: las encuentran demasiado ruidosas y han preferido habitar las metaestructuras o los sótanos pulsionales de los textos más a flor de calle. En fin, cada quien vive como puede y lee lo que puede, y Noé nos ha dado que leer, no sólo en la forma de descripciones académicas de calles principales o escondidas, sino también con sus invenciones; algunas de estas últimas —hay que decirlo— han complicado la vida a ciertos lectores y críticos quienes se paseaban confiados y tranquilos por un barrio de narraciones policiales que la presencia de Noé ha hecho menos seguro.

A veces me pregunto cómo vamos a habitar un libro o un lugar en el exilio, cómo ese lugar va habitándonos, cómo vamos habituándonos a él. Me imagino a Noé desconstruyendo su universo argentino: pasando del mundo del vino y la vid al del tequila y el maguey; adaptando el paladar, acostumbrado a suavidades de pascualina, al ardor del chile y al barroco condimentado de la comida mexicana que mezcla pulque con

riñones, y hace crepas de huitlacoche y flor de calabaza. Aunque sé que Noé tiene una capacidad bastante notable para asimilar universos tanto culinarios como discursivos: una vez me contó que de joven se había encerrado una semana para leer *En busca del tiempo perdido*. Le confesé que esa semana todavía no había terminado para mí y que incluía recreos contra Sainte-Beuve. En todo caso, Noé se adaptó como pudo al universo surrealista mexicano y, muy apropiadamente, empezó a establecer vasos comunicantes entre mundos y personas, de los cuales este libro —el homenaje todo— es testimonio. La frecuencia con la que los recuerdos de su estadía se hacen presentes, esos “¿Te acuerdas cuando con Noé...?” o “¿Te acuerdas que Noé decía...?”; todo ello prueba viva de su presencia y prueba también de los efectos más generosos de la memoria.

La memoria es la forma más generalizada de la escritura; todos la ejercemos y ella nos conforma y deforma. Como bien señala Elvira Arnoux en el Prólogo, los trabajos de Noé han sido una continua reflexión sobre la escritura; con agudeza crítica, Elvira caracteriza así el trabajo de Noé: “El escritor responde con su propio desplazamiento hacia posiciones de enunciación diferentes generando desde la escritura el efecto de viaje, trayecto, recorrido, que se adensa en sus textos poéticos y se tematiza o se alude metonímicamente en el relato autobiográfico” (p. 8). También Mario Goloboff señala a la escritura como un aspecto fundamental del pensar de Noé. Este pensar, dice Goloboff, se constituye “[...] alrededor de un eje fundamental, la crítica a la ideología burguesa de la literatura, crítica que se sostiene en pilares precisos: el de la escritura como práctica transformadora, el de la lectura como actividad, el de la crítica como trabajo” (p. 14). Volviendo al tema de la memoria amistosa, el libro contiene un texto de Gonzalo Celorio que conjuga ese bien con una escritura que se convierte ella misma en un regalo; Gonzalo se lo envía a Noé como un recuerdo de un encuentro casual pero, al mismo tiempo, inevitable entre dos escritores. Para muestra de esa amistad y de esa escritura basta un párrafo: después de que Noé le dedica el libro, Gonzalo nos dice:

Ya vestido mi ejemplar —único e irrepetible entre los mil de que consta el tiraje—, Noé quiere regalarme la lectura de un poema, como para

desvirgar el libro, como para quitarle el corcho, como para ofrecérmelo blando y comestible. Y ahí mismo, entre el tránsito denso de estudiantes y maestros, Noé me lee un poema en voz baja, discreta, porque la suya, como él mismo dice, es “una poesía de vocación intelectual: no quiere exaltarse en el tono ni hacer callar a nadie, ni en una sala, ni en un teatro, ni en un silencio”, menos aún en un pasillo dramatizado por los ojos admirados y bronceados del mismísimo Dante Alighieri, que custodia la entrada de la Facultad (p. 34).

Claro, no todos los trabajos toman esta forma memoriosa: el de Luisa Ruiz Moreno elige otra vía y parece mimetizar el título del libro que comenta: *Los lentos tranvías*. Así, lenta pero seguramente, va analizando la novela, intercalando imágenes y diagramas que hacen aún más lenta la lectura pero que la enriquecen también. Otro texto, en cambio, toma la forma de una causa perdida ya que intenta —sin lograrlo, me parece— rescatar al romanticismo mexicano; su autor, Efrén Ortiz Domínguez, cita un poema que —según nos dice— “[...] exalta la tristeza y el pesimismo, y anuncia el fin del arcádico neoclasicismo”. Les cito los versos finales de ese poema: “[...] el león ruge! Busca dónde meterse! Y de tu vista tétrica esconderse”. El autor también nos recuerda que la tendencia de ese poema es más clara en el de Joaquín María del Castillo y Lanzas, que termina así: “¡Y el sepulcro espantoso! ¡En que el pensarse abisma! ¡Desnudas de aflicciones! Por ti inspiran sublimes reflexiones” (p. 62).

De las causas perdidas, pasamos a otras que suelen narrarlas: las novelas policiales. En su trabajo, Marta Elena Casteifino nos pasea por la intertextualidad, la architextualidad y la metatextualidad, no para descubrir un crimen, sino para explicar las complejidades de *Mares del Sur* que —como ella bien dice— es “un texto que confiesa sus artificios” y en el que —como señala Gudiño Kieffer— se suman “los oficios del novelista y del crítico de la literatura” (p. 77). Tales relaciones son descubiertas también por Carlos Dámaso Martínez, quien afirma que “[...] narrar, leer e interpretar son las constantes que construyen o, mejor dicho, reconstruyen el mundo novelístico representado, dando cuenta de la red de relaciones criminales que el poder dictatorial establece en el orden social” (p. 85). Aída Gambetta Chuk —no el personaje de una novela de Noé sino una profesora que estudia el enigma de las *Citas de*

*un día*— principia su análisis, enigmáticamente también, con la siguiente frase: “¿Noé o Zenón? Anagramáticamente, No es Zenón, es Noé”. Como Marta Elena Casteifino, Aída Gambetta también nada las aguas de las relaciones extratextuales, intertextuales y architextuales, y logra concluir que “Zenón Valdés deduce por intuición psicológica, como el de Elea” (p. 92), afirmación bastante original respecto del de Elea. Mirta Medina de Drake, por otro lado —al mismo tiempo que reflexiona sobre “Los gritos del silencio en la escritura de Rodolfo Walsh”—, nos relata los efectos y gustos de cursar un seminario con Noé.

En fin, así podríamos seguir y decir un par de frases acerca de cada uno de los trabajos que no he mencionado; pero esto no es un recuento sino una presentación. Sin embargo, para mí es claro que no puedo terminar sin recomendarles el trabajo final, donde el propio Noé establece un diálogo con Blanchot acerca de la corrupción de la escritura; como todo lo de Noé, resulta muy instructivo. Tampoco puedo terminar sin mencionar el gusto que me da estar aquí, por primera vez, en Buenos Aires, presentando este libro que recoge algunos de los trabajos que nos reunieron en Puebla; ahora como entonces, allá como acá, aquí están Noé y Tununa: él, acumulando lecturas y escritos de todo tipo: policiales o poéticos, críticos o creativos; ella, alentando la escritura, buscando las palabras, destilándolas para que nos emborrachen más y mejor. Tununa, Noé, Graciana, Elvira: muchas gracias.

Buenos Aires, 1° de abril, 2004.